

McGowan, M. y Macaulay-Lewis, E. (ed.).

Classical New York: Discovering Greece and Rome in Gotham.

New York: Fordham University Press, Empire State Editions, 2018,
304 p.

Por: María Natalia Bustos de Lezica

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Argentina
natbustos@yahoo.it

El volumen consiste en una serie de nueve ensayos que analizan el arte clásico, la arquitectura y las prácticas epigráficas de entre principios del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX en la ciudad de Nueva York. Los editores, Matthew McGowan y Elizabeth Macaulay-Lewis, explican que se estudia la ‘recepción’ de la antigüedad clásica, entendiendo por esta una relación de intercambio entre el pasado y el presente y no una mera adopción pasiva de los modelos clásicos. Al mismo tiempo, los editores aclaran que el término "*Classical*" del título ha sido filtrado a menudo a través de períodos medievales, renacentistas y modernos fuera de Grecia e Italia y que, en muchos casos, se han tomado reinterpretaciones neoclásicas de originales griegos y romanos. El volumen presenta una variedad de puntos de vista y casos aislados de estudio y no un examen exhaustivo.

En el capítulo 1, Francis Morrone estudia la influencia griega en el edificio de la Aduana (*The Customs House*, de 1833-1842), antiguo *Federal Hall* (primer capitolio, demolido en 1812); hoy *National Memorial*. Se trata del edificio más importante de la época del "*Greek Revival*", entre 1830 y 1840, alentada por el

patriotismo de los griegos durante la guerra de Independencia contra el Imperio otomano (1821-1832). Es el único edificio de Nueva York inspirado en el Partenón (con columnas dóricas en el exterior y un frontón sin decoraciones), mientras el interior del edificio es de estilo romano: una rotunda con dieciséis columnas y pilares con capiteles corintios y una cúpula. El autor acompaña la descripción de la importancia de la Aduana por la gran actividad portuaria con detalles históricos sobre el crecimiento de la ciudad y su desarrollo urbanístico, mencionando el transporte (coches de caballos y locomotora a vapor), iluminación (luz a gas), comunicación (telégrafo) y construcción de barrios y edificaciones. El edificio de la Aduana, con una inclinación que lo hace aparecer como surgiendo de la tierra, refleja para el autor no solo los valores patrióticos y virtudes exaltadas por los neoyorquinos, sino la actitud de una ciudad rica y pujante en continuo crecimiento y con un destino de grandeza.

En el capítulo 2, Margaret Malamud estudia el uso de arquitectura romana en la ciudad de NY para expresar la idea de un Imperio “americano”. En el último cuarto del siglo XIX la expansión ultramarina de Estados Unidos a las islas del Pacífico (Filipinas, Guam, Hawaii) consolida la idea de un imperio estadounidense que empieza a buscar símbolos en la antigua Roma. Esto se ve en el uso de arcos de triunfo romanos (como el construido en 1899, según el modelo del arco de Tito en Roma, para la celebración de la conmemoración de la victoria del almirante Dewey en la Bahía de Manila), en las estaciones de trenes (*Grand Central* presenta columnas romanas dóricas y *Penn Station* muestra influencia de las Termas de Caracalla y del Coliseo romano con entradas y salidas separadas en distintos niveles), en bancos comerciales, en la Biblioteca Pública de Nueva York, entre otros. Lo más interesante del capítulo es la presentación, en un apartado que la autora denomina “la cornucopia del imperio”, con detalles y descripciones exhaustivas,

de un panorama de la sociedad acomodada neoyorquina entregada a los placeres en los baños públicos Fleischman, que funcionaban como centros de vida social y recreaban el lujo y la opulencia de las termas romanas, o disfrutando de cenas en el restaurante *Roman Garden* que imitaba una lujosa *villa* pompeyana. Las clases trabajadoras se distraían, por su parte, con los entretenimientos del circo, puestas en escena de obras teatrales y en el parque de diversiones de *Coney Island*. *Madison Square Garden* ofrecía una variedad de entretenimientos (ópera liviana, comedias románticas y circos), pero sin las extravagancias e imágenes negativas y crueles del mundo romano. Las recreaciones y placeres de la Roma imperial eran explotados de distintas formas para satisfacer a todo tipo de público.

Los capítulos 3 y 4 se ocupan de edificios y actividades destinados a cultivar las aspiraciones intelectuales. Elizabeth Bartman presenta los distintos criterios en la selección de las adquisiciones de la colección clásica del *Metropolitan Museum of Art*, conocido como *Met*. Bartman quiere mostrar que la arqueología clásica no fue nunca central para el *Met*. Resalta que, mientras universidades prestigiosas realizaban excavaciones en sitios como Chipre, Creta, Cartago, entre otros, o participaban con los museos franceses en las excavaciones de Antioquía de Orontes, el *Met* priorizaba obras maestras por sobre conocimiento científico y estética, por sobre arqueología. La colección de arte clásico creció así a partir de compras selectivas que privilegiaban el arte griego de belleza inherente, pero que carecían de las ventajas de la arqueología de poder mostrar la proveniencia, autenticidad y recrear un contexto histórico y social. Gisela Richter, conservadora del museo, encontró un rival importante en su colega William Ivins, que la atacó justamente por esto. La colección clásica de hoy es el resultado tanto de oportunidades perdidas cuanto de triunfos alcanzados y la excelencia de las obras maestras se ve limitada por la deficiencia de la falta de contexto

que no permite al visitante comprender y disfrutar a pleno la grandeza de estas mismas obras. Declara la autora que el *Met* había sido concebido como un templo de arte para elevación, educación e inspiración de los visitantes. Al parecer los ideales de elevación e inspiración primaron sobre la educación, en el área del arte clásico al menos.

En el capítulo 4, Elizabeth Macaulay-Lewis se dedica a la *Gould Memorial Library* y el *Hall of Fame*, un elegante pórtico curvilíneo que presenta bustos de las más importantes figuras estadounidenses, en el campus de la Universidad de Nueva York en el Bronx (hoy el *Bronx Community College*). La autora estudia específicamente la influencia del Panteón en la mencionada Biblioteca, cuya entrada principal con un pórtico profundo con doble frontón triangular sin decoraciones es una clara evocación del templo romano, y destaca el uso de la planta de cruz griega con cúpula que solucionaba el problema de cómo conectar espacios rectilíneos con un centro circular de modo atractivo y corregía satisfactoriamente el diseño original de una biblioteca circular que no favorecía la buena luz natural y obstaculizaba la circulación de libros y la disposición en estantes rectilíneos. La autora enfatiza la idea de que la Biblioteca es un templo del conocimiento, haciendo referencia a la cabeza de Minerva en la punta del frontón superior y a la inscripción sobre la puerta, una versión abreviada de una cita de Francis Bacon que compara a las bibliotecas con santuarios. Del *Hall of Fame* destaca su finalidad didáctica e inspiradora y los medios de que se vale para su misión, entre los cuales inscripciones (dos de ellas de la Biblia) que se refieren a la sabiduría, la gloria, la belleza y el poder. La autora logra captar la atención del lector mediante la descripción de los hermosos detalles que embellecen estos espacios sagrados donde cada uno de los rincones busca ser fuente de inspiración y medio de elevación y perfeccionamiento del alma.

Los siguientes dos capítulos se ocupan de complejos de edificios. El capítulo 5, escrito por Jon Ritter, estudia el *New York Civic Center en Foley Square*, un conjunto de edificios públicos de carácter administrativo y burocrático que rodean el irregular *Foley Square*. El autor destaca la influencia del movimiento *City Beautiful* que utilizaba formas griegas y romanas por su significado moral y político para embellecer y legitimar los espacios públicos. Después de introducir el origen del concepto de centro cívico y los primeros ejemplos de Cleveland y San Francisco, examina en particular el proyecto de *Foley Square*, especialmente el primer edificio construido allí, que es *The New York County Courthouse* (ahora la Suprema Corte de New York), que presenta una clara imagen clásica con su pórtico corintio de diez columnas. Destaca el autor que los centros cívicos eran los equivalentes del foro romano o el ágora griego, es decir, lugares de encuentro para la vida democrática estadounidense, y que la uniformidad estilística implicaba orden cívico, armonía y valores sociales compartidos, mientras que el individualismo y el crecimiento comercial, en cambio, creaban espacios caóticos. El autor muestra cómo en Nueva York este centro cívico termina separándose de las partes con más circulación de gente, específicamente la zona comercial de Broadway, y no logra expresar la vida cívica de la ciudad, no porque los símbolos clásicos resultaran impotentes, sino porque no consigue reemplazar el carácter predominantemente comercial de esta ciudad estadounidense.

En el capítulo 6, Jared Simard estudia el *Rockefeller Center*, un emprendimiento privado compuesto por dieciséis edificios individuales con una torre central que surge de la idea del movimiento *City Beautiful* de promover la agrupación de edificios cívicos de estilo neoclásico y crear una ciudad dentro de otra con oficinas, comercios y restaurantes. El autor dedica gran parte de su estudio al programa artístico del complejo y, en especial, al

Prometeo de Manship, una fuente escultural compuesta por una estatua de Prometeo con una llama en la mano (de bronce cubierta en oro), una montaña que representa el Olimpo, un anillo zodiacal y una inscripción atribuida a Esquilo que se refiere al titán como maestro de las artes y dador del fuego (medio de grandes logros) a los mortales. De Prometeo resalta el autor que vuela en el aire, lo que resalta su estatus divino, y que no aparece sufriendo un castigo como en la obra de Esquilo sino celebrando el beneficio otorgado a los hombres: está exultante por darles el fuego. La sonrisa en su rostro revela esto. En el contexto del *Rockefeller Center* el Prometeo de Manship representa la chispa de innovación que dio lugar a las tecnologías desplegadas en el complejo: los rascacielos y las corporaciones RCA (*Radio Corporation of America*) y NBC (*National Broadcasting Company*), líderes en radio y televisión. Frente al edificio Internacional, la estatua de Atlas, conocido por cargar el cielo en forma de globo sobre sus espaldas, simboliza el internacionalismo. En la tradición artística Atlas era símbolo de tolerancia y proeza física; su rodilla doblada mostraba su gran esfuerzo. Pero en el *Rockefeller Center*, Atlas está dando un paso adelante, sosteniendo el mundo con expresión de calma y control de la situación. Atlas es un símbolo de tolerancia pero a la vez de triunfo. Además, está cargando una esfera armilar, que se asocia con la astronomía y con la navegación, un componente esencial de lo que el *Rockefeller Center* quería celebrar: viaje internacional y comunicación. Las esculturas de Prometeo y Atlas reflejan, además, la generosa filantropía de J. D. Rockefeller.

Los capítulos 7 y 8 se ocupan de los baños. En el 7, Maryl Gensheimer estudia la influencia de las Termas de Caracalla en la vieja *Pennsylvania Station*, destacando que ambos espacios comparten el ser lugares de encuentro de gran cantidad de gente. La autora destaca la grandeza de esta estación (y la construcción de túneles que unían Manhattan con New Jersey y Long Island),

un emprendimiento que costó ciento trece millones y fue abordado por una corporación privada sin ayuda estatal. El *frigidarium*, la habitación más grande de las termas romanas, sirvió de inspiración para la sala de espera de la estación cuya escala sobrehumana estaba destinada a impresionar al visitante y abrir la puerta a la majestuosa ciudad. Pero, a diferencia de las Termas de Caracalla, que siguen en pie, esta imponente obra de arquitectura fue demolida en 1963 para dar lugar al *Madison Square Garden*, algo que llama a la reflexión.

El capítulo 8, escrito por Allyson McDavid, trata de los baños públicos a finales del siglo XIX y principios del XX. Explica la autora que los baños públicos habían sido diseñados para cumplir una función práctica, no como lugares lujosos y placenteros. Los primeros baños, promovidos por asociaciones filantrópicas cristianas, incluyeron piletas y espacios de recreación, pero fueron demolidos en 1861 debido a la poca asistencia de gente causada por la guerra civil y surgió un nuevo modelo (eficiente y de bajo costo), exclusivamente para las clases bajas, con duchas individuales y sin piletas comunitarias que eran consideradas poco higiénicas y costosas. Tan solo a principios del siglo XX el gobierno tomó la iniciativa y se dispuso a construir otros baños públicos con fachadas decoradas y que cumplieran con ser eficientes y bellos en su exterior. Pero, mientras los grupos filantrópicos veían la decoración externa como un gasto innecesario ya que, según creían, no les preocupaba a los pobres la belleza del edificio, los baños municipales, en cambio, favorecían la belleza exterior por el potencial cívico de la arquitectura. El conflicto respecto de los baños públicos muestra un panorama de la desigualdad social que presentaba la ciudad de New York en el siglo XIX y de las condiciones de vida de las clases trabajadoras y de los inmigrantes, así de cómo eran vistos y juzgados por los más adinerados, ya que estar físicamente sucio implicaba una falta de voluntad de asimilarse a la sociedad 'americana'. Además,

mientras el pobre romano podía acceder a los más lujosos baños y disfrutar de los placeres del baño junto con los ricos, en New York los ricos nadaban en clubes exclusivos y tenían baños privados, mientras los pobres se veían limitados a las facilidades elementales que se les proporcionaba. La autora muestra cómo los neoyorquinos toman la decoración exterior romana para promover su propio ideal de organización cívica, pero no asimilan el uso y las costumbres propiamente romanas.

En el último capítulo Matthew McGowan se concentra en algunas inscripciones latinas de la ciudad. McGowan enfatiza la importancia de la memoria y su preservación en el tiempo. El latín proyecta permanencia, sea que se use en edificios seculares, en religiosos o en monumentos. El autor comienza mencionando la inscripción en uno de los más bonitos bancos del *Central Park*, la *exedra* blanca cerca de la entrada en la calle 72, erigida como memorial de Waldo Hutchins, figura prominente de la Comisión del *Central Park*. Allí se lee “*Alteri vivas oportet si vis tibi vivere*” (“es necesario que vivas para otro si quieres vivir para ti”), cita tomada de las *Epístolas Morales* de Séneca (48.2) y máxima estoica de participación cívica que parece reconocer las virtudes del homenajeado y su dedicación al servicio público. McGowan describe el acto de involucrarse con estas inscripciones como “*artful dialogue*” en el que las palabras latinas miran al pasado y se proyectan hacia el espectador en el aquí y ahora. El monumento es el medio de conversación. Estudia inscripciones en memoriales públicos, monumentos funerarios, una inscripción en la fachada de institución de medicina prestigiosa y, para terminar, examina la cita (en inglés) de la *Eneida* de Virgilio en el *National September 11 Memorial & Museum* en el bajo Manhattan: “No day shall erase you from the memory of time” (“Ningún día te borrará de la memoria del tiempo”). El sentido de permanencia no lo da aquí el latín, sino la misma *Eneida* como repositorio de la cultura occidental, declara el autor. McGowan reflexiona sobre el hecho

de que las inscripciones en latín continúan ocupando el espacio en el que los neoyorquinos se mueven cada día y entenderlas enriquece la experiencia del entorno en el que viven. El latín no es algo del pasado. El algo del presente y, el autor espera, del futuro.

Los estudios, si bien presentan distintos enfoques y temas, muestran un diseño armónico. Dan detalles del diseño y construcción de los edificios, así como de sus diseñadores y arquitectos y presentan fotos y planos; explican la importancia del edificio en el contexto histórico y en relación con los movimientos culturales en los que se enmarcan. El libro incluye al final un glosario de términos artísticos y arquitectónicos. El conjunto de los capítulos logra dar al lector una idea de cómo la ciudad que rodea la vida diaria de los neoyorquinos es un complejo equilibrio de un pasado que se sostiene en el tiempo y que convive, a la vez que se asimila a él, con el mundo tecnócrata de la sociedad moderna. Los estudios dejan ver una tensión entre el sentido práctico, la precisión, la eficacia y el valor que los neoyorquinos dan a las innovaciones tecnológicas y el consumo, por un lado, y la admiración por la antigüedad clásica y la aspiración a la grandeza del mundo antiguo, por otro. Esta tensión determinó, por ejemplo, el destino del centro cívico de *Foley Square* que quedó en un lugar marginal y con una vida cívica limitada a asuntos administrativos, mientras el desarrollo comercial de Broadway captó la atención de la mayoría de los habitantes. Esta misma tensión dio lugar al dilema, al momento de construir los baños públicos, de dar prioridad a lo recreativo o a lo práctico y embellecer o no los exteriores. Por su parte, el *Rockefeller Center* es una compleja mezcla de arte antiguo y edificaciones modernas, y los Titanes, Prometeo y Atlas yuxtaponen una actitud de nobleza y grandeza clásicas al triunfo y alegría por las innovaciones tecnológicas y el progreso proporcionados a los hombres. El diseño de la *Gould Memorial Library* fue resultado del acuerdo logrado para mantener la practicidad de la ubicación rectilínea de los estantes,

una mejor circulación y más luminosidad, con la belleza de una biblioteca circular. Y la colección de arte del *Met* es fruto de las tensiones surgidas entre el privilegiar la estética o la precisión arqueológica. Vemos, entonces, cómo los modelos griegos y romanos fueron utilizados por los neoyorquinos no solo para cultivar una identidad cívica y expresar pertenencia y orgullo social, sino para reafirmarse a partir de la identificación y la renovación. Los neoyorquinos toman y transforman y fortalecen su identidad, siempre aspirando a mayores logros y manteniéndose fieles a su propio *ethos* constructivo.